

Cultura a la contra

Barrios y ciudad

La ciudad es un monstruo, al que algunos mejores que yo han comparado con Moloch: se come a sus hijos y los abrasa, y los aullidos que salen de sus fauces de toro son considerados como carcajadas por los fieles del ídolo; es la famosa "risa sardónica", de dolor y frenesí, el sonido de la ciudad. Es el sonido del rock urbano, de las sirenas de Policía —que no nos atraen con sus cantos, pero, igual que aquellas bestias mitológicas, nos cuentan con su ulular nuestras vidas y hazañas—, de las broncas callejeras y las bocinas de los coches. La ciudad son interminables viajes en autobuses y en Metro, el murmullo matutino de la ida al trabajo, el vespertino de la vuelta al santuario de la televisión, que algunos todavía llaman hogar.

También tiene cosas agradables la ciudad actual: los tenderetes de diversos colores y mercancías, que los ediles y comerciantes pretenden ahora erradicar, para devolvernos la grisura de la Villa y Corte; las pintadas y murales, testimonio de que la gente está viva y se expresa; las manifestaciones no autorizadas —esas son las buenas; no las otras, que parecen dedicadas a Nuestra Señora de las Comisiones— donde la gente muestra su cólera. Y la música callejera, y los escaparates, y alguno de esos árboles que han podido sobrevivir.

Contra los aspectos más tristes de la ciudad, contra la incomunicación entre habitantes de un mismo pueblo, existe —aunque en vías de desaparición— una unidad más pequeña y más viva: el barrio. El barrio —Chamberí, Lavapiés, Usera, Salamanca, Vallecas incluso, aunque reclame su estatuto de pueblo— es un lugar autosuficiente, donde no se deja notar demasiado —salvo en la pugna de carteles de las elecciones llamadas democráticas— que estamos en la Villa y Corte y Confección de banderas preautonómicas. Hay bares, bares donde la gente se reúne a charlar de sus cosas y a beberse un vino sin preguntarse nada sobre su vida o su ideología; tiendas, donde señoras y criadas se golpean unas a otras con sus carritos de compra, con un interclasismo digno de UCD. Hay también vendedores automáticos, gitanillos dignos de más remunerados oficios que venden kilos de ajos a setenta pesetas, puestos de horchata y vendedoras limpias de requesón y fresones de Aranjuez que no son de Aranjuez. Hay una vida autónoma en los barrios, centrada en torno a los lugares de reunión habituales, que ya he consignado.

Existen también las llamadas "ciudades-dormitorio", que rodean Madrid como un cinturón de aburrimiento y miseria vergonzante: Parla, Getafe, Arganda, Móstoles, por citar algunos: lugares para obreros y emigrantes, que pierden horas de sueño y cientos de pesetas en transportarse diariamente a sus lugares de trabajo. Ciudades-dormitorio aparentemente en calma, pero cuyos vecinos saben unirse de forma solidaria, sin hacer caso a consignas de partido alguno, cuando tienen que reclamar algo que a todos atañe, como ocurrió con el caso del agua en Parla.

El barrio —incluso estas ciudades dormitorio— es, además de todo, una unidad de convivencia; se forjan en ellos lenguajes o tonillos propios, expresiones y giros particulares; la gente habla —de fútbol o de lo que sea, da igual, porque el fútbol también es comunicación—, se entera de lo que le pasa al vecino, sin juzgar, sin discriminar. El barrio, y no la ciudad, es el equivalente más cercano que tenemos de la polis griega. El barrio, que es, además, lo opuesto al gueto. Y en esta ciudad nos están arrastrando a todos al gueto: gueto de lujo y con aire acondicionado, si se quiere. Pero a mí me parece una preparación para el holocausto por venir; pronto los acondicionadores de aire se pueden convertir en distribuidores de Ziklon B. ■ EDUARDO HARO IBARS.

exista de alguna forma en la vida real, sino que lo que la película muestra es tan increíblemente aburrido y falso, que no hay nada que trague. Y es que estamos en un momento en que las películas se fabrican ya con cuatro elementos superficiales en busca de la taquilla rápida. Por ello, "The Warriors" se estrena en muchos locales a la vez: si lo hicieran con más tiempo, correría la voz de que se trata de una película infecta. Pero de esta forma, bien apoyada por TVE (y no sólo por los "spots" pagados, sino por la "espontánea" información de algunos programas culturales) y con numerosos cines proyectándola a la vez, puede atesorar en unas semanas el dinero y la atención que no se merece. Créame el lector que no se trata de ninguna manía ni trauma personal. "The Warriors" es una de las peores películas que pueden elegirse en este momento en la cartelera. Ignoro si, como se dice, en los Estados Unidos ha levantado oleadas de entusiasmo, de rechazo y de provocación. Mucho me temo, viendo objetivamente lo que sale



"The Warriors", de Walter Hill.

en la pantalla, que todo sea un nuevo montaje publicitario. Pero aunque así sea, la película no merece la pena. De ninguna manera. ■ D. G.

"Batman"

No vamos a entrar ahora en si esta película es mejor o peor que los "comics" que hicieron famo-

so al personaje de Batman y su compañero Robin. De lo que se trata es de que se proyecta ahora en España ante el éxito de "Superman" (o incluso para apoyar ese éxito), nada menos que trece años después de su realización. Una película de aventuras y ciencia-ficción como ésta —mediocre desde su fecha de origen, ya que sólo intentaba comercializar en cine el éxito de prensa—, lógicamente nota sus años de vida, puesto que las técnicas cinematográficas han avanzado considerablemente desde entonces. El secreto de este estreno radica en la facilidad que hoy día tienen los distribuidores para importar una libre cantidad de títulos extranjeros sin pagar por ello un impuesto oficial. Antes de que el Ministerio de Cultura (americana) decidiera derrocar la ley que obligaba a proteger el cine español —las distribuidoras debían disponer de una película española por cada cuatro extranjeras—, los estrenos se pensaban bastante más. Y aunque los distribuidores cometían muchos errores, sirviéndonos películas que no nos interesaban nada, en contra de otras que permanecían en el anonimato para nosotros (problemas de censura aparte), lo cierto es que difícilmente importaban una película con trece años de existencia si no era en función de haber sido prohibida por la censura o por el éxito que tuviera en su momento. Ahora, en cambio, da lo mismo. Y mientras vemos cómo el cine español va muriendo decreto tras decreto por esos ejecutivos que han decidido científicamente su extinción, tenemos que sufrir este "Batman" en un lanzamiento que oculta su fecha de realización y que ofrece la película en época veraniega en sesiones infantiles. Mientras tanto, "El puente", "Las Vegas 500 millones", "Marcelino pan y vino", "Hasta que el matrimonio nos separe" y otras películas españolas con varios años a sus espaldas, tienen que ser reestrenadas porque no hay títulos españoles suficientes para cubrir los locales de estreno. Ocultación doble; que han asesinado al cine español a favor de las multinacionales, y que éstas no tienen ya el menor problema para encasquetarnos lo que se les antoje.

Por otra parte, "Batman" tiene gracia para los aficionados al género. ■ D. G.